



ELGHALIA DJIMI

Elghalia, nacida en la ciudad marroquí de Agadir en 1961, venía de una familia que se había trasladado allí desde el antiguo "Sáhara español" por motivos económicos. Elghalia se crió con su abuela, Fatimatu Ahmed Salem, a la que siempre se refería como su propia madre, Amma. Amma fue desaparecida, por lo que Elghalia ha dedicado su vida a buscar respuestas sobre su desaparición.

A sus 65 años, Elghalia se abstiene de hablar de su propia historia antes de abordar lo que le ocurrió a su "madre".

Esta carismática y cálida mujer, que ha dado la vuelta al mundo y ha asistido regularmente a reuniones del Consejo de Derechos Humanos de la ONU, fue también víctima de una detención secreta de tres años y siete meses, durante el cual pasó 32 días en régimen de aislamiento.

Amma fue la principal proveedora para su familia en una época de la historia en la que era poco convencional que las mujeres fueran el sostén de la familia. Amma realizaba trabajos físicamente exigentes, como el trabajo en las fábricas de pescado, lo que permitió a sus hijos, incluido el padre de Elghalia, asistir a la escuela.

En casa, Amma se aseguraba de que sus hijos y nietos, como Elghalia, hablaran el dialecto hassanía correctamente. Les recordaba a menudo que sólo vivían en Agadir por motivos económicos, pero que en realidad eran del Sáhara Occidental. Las primeras interacciones que Elghalia tuvo con marroquíes se produjeron al empezar la escuela en 1967.

El barrio donde creció Elghalia era una comunidad saharauí marginada en un barrio llamado "Lehkyam", término que denota la disposición de las viviendas en tiendas de campaña. De hecho, la propia Elghalia nació en una tienda de campaña.

Casa de Amma: punto de quedada para saharauis

La residencia de la "madre" de Elghalia servía como lugar de reunión para los saharauis que llegaban del Sáhara Occidental. A la tierna edad de 14 años, Elghalia empezó a observar atentamente las conversaciones y los rostros

de quienes frecuentaban su casa. Las conversaciones eran sobre arrestos y detenciones secretas. Elghalia recuerda los rostros de padres desconsolados que venían acompañados de sus hijas que habían sido violadas por soldados marroquíes.

Las fuerzas de seguridad marroquíes de Agadir empezaron a prestar más atención a las constantes visitas de saharauis a casa de Amma. Empezaron a vigilar la casa y a situar agentes a su alrededor. También persuadieron a algunos saharauis de que les informasen acerca de las conversaciones que tenían lugar dentro de la casa. Los espías les informaron de que los ocupantes de la casa escuchaban la radio nacional saharauí prohibida.

Las primeras reflexiones políticas de Elghalia

Escuchar historias de presos saharauis, detenciones secretas y agresiones sexuales hizo reflexionar a Elghalia sobre la situación política en la que vivían. También empezó a reflexionar sobre el hecho de que, pese a haber vivido todos esos años en Agadir, los marroquíes no intentaban acercarse a ellos, ni siquiera los consideraban ciudadanos marroquíes. Elghalia fue testigo de las diferencias socioeconómicas que sufrían los saharauis en comparación con los marroquíes, que tenían las ventajas del sistema de bienestar, como mejores condiciones de vivienda y acceso a mejores instalaciones.

A los 19 años, Elghalia viajó en busca de la oficina del Frente Polisario en Las Palmas (España). Mientras se presentaba, se dio cuenta de que ya la conocían bien a ella y a su familia, y reconocieron su apoyo incondicional a la causa. Ansiosa por contribuir, Elghalia preguntó si había alguna oportunidad de colaboración. Esto marcó el verdadero comienzo de su activismo y de su compromiso político. Era el año 1983.

La desaparición inexplicada de su madre

Durante las dos semanas de vacaciones en abril de 1984, Elghalia volvió a casa de su madre en Agadir. Como siempre, la casa de Amma tenía invitados del Sáhara Occidental. Ese día había ocho.

El 4 de abril cayó en el mes sagrado musulmán de *Rajab* (o *Rayab*), y Amma, que observaba su ayuno, seguía sentada en su alfombra de oración, completando sus rezos.

Mientras rezaba, oyeron fuertes golpes en la puerta metálica. Entraron dos policías de paisano, diciendo que buscaban a "Fatimatu". Tanto Amma como una de sus invitadas tenían ese nombre. El rostro de la invitada se congeló de miedo al oír a las fuerzas de seguridad decir su nombre. Originaria de la ciudad de Esmara, en los territorios ocupados, conocía bien las desgarradoras historias relacionadas con las fuerzas marroquíes. Los dos hombres aclararon que en realidad buscaban a *Hadja* Fatimatu, un término árabe de respeto para alguien que ha emprendido la peregrinación a La Meca.

Los agentes fueron directamente a la habitación de la abuela Amma, demostrando un íntimo conocimiento de la distribución de la casa. Revisaron todas sus pertenencias: documentos de propiedad, identificación y cartas de sus hijos que se habían mudado a Europa. Elghalia estaba allí de pie, observando y oyendo cómo clasificaban los objetos en francés, con frases como "pas important" (sin importancia).

Los dos agentes encontraron una foto de Elghalia donde era más joven y no llevaba la *melhfa*. "¿Eres tú?", le preguntaron, a lo que ella asintió. "Somos de las fuerzas de seguridad y queremos que Hadja venga con nosotros", le dijeron. Le pidieron a Elghalia que le dijera a su madre que se pusiera ropa abrigada y que trajera su documento de identidad. Los dos hombres revisaron cada rincón de la casa, incluso el depósito de agua.

Amma, de 60 años, que tenía problemas de asma, se levantó y se puso la tradicional cuerda blanca saharauí sobre la *melhfa*. Adornada con brazaletes de plata en las manos, se los quitó y se los entregó a Elghalia, que los arrojó contra la pared, diciendo: "No valdrán nada sin ti". A día de hoy, las joyas de plata son las favoritas de Elghalia, ya que le recuerdan a su madre.

Uno de los agentes de seguridad iba vestido con ropa deportiva y una gorra. El otro iba vestido como la gente que suele vender verduras en el mercado de la ciudad. Nadie pensaría que eran agentes de seguridad. Elghalia se acercó cortésmente a ellos y les preguntó si podía llevarle comida a su madre cuando acabara el ayuno por la noche.

Los dos agentes se llevaron a su madre y ella les siguió. Fuera de la casa, estaba estacionado un coche Runo 4, con un nombre en el lateral: Seguridad Nacional. Elghalia fijó la mirada en el vehículo que se alejaba, hasta que desapareció de su vista. Fue la última vez que vio a su madre.

Cuando se acercaba la hora de las oraciones para romper el ayuno, un pequeño grupo formado por los parientes y vecinos más cercanos de Elghalia reunió la comida en una cesta y se dirigió a la comisaría. La policía los envió de vuelta, prometiendo que se encargaría de todo. A partir de ese día, no se supo nada de ella. No tuvieron tiempo de despedirse. Al principio, la familia no entendía los motivos de la detención de su madre. Más tarde, se dieron cuenta de que su casa se vigilaba constantemente, y algunos consideraban la casa de Amma una oficina del Polisario.

Durante este periodo, Marruecos secuestró a miles de saharauis, y la desaparición forzosa se convirtió en el trágico destino de muchos, particularmente entre 1975 y 1984. La familia no sabía por dónde empezar.

Elghalia describe la pérdida de su madre como una aguja que cae en el océano, que sus profundidades han tragado para siempre.

El padre de Elghalia regresa en busca de su madre

El padre de Elghalia, que en ese momento se encontraba en los Países Bajos, regresó en busca de su madre. Al llegar a El Aaiún, visitó al alcalde marroquí a primera hora de la mañana siguiente. Sin embargo, el alcalde, enfadado por su pregunta, le aconsejó que se marchara inmediatamente, amenazándole con detenerle y desaparecerle sin dejar rastro. El alcalde continuó gritándole que su madre era una delincuente pro-Polisario. En una flagrante amenaza para garantizar su seguridad, el alcalde le ordenó explícitamente que nunca preguntara por ella. Además, le prohibió volver a pisar El Aaiún, amenazando con detenerle. Haciendo caso de las advertencias, el padre de Elghalia regresó a los Países Bajos. Escribió una carta a Amnistía Internacional en la que facilitaba todos los datos personales de su madre.

Miedo en la escuela

Elghalia estaba matriculada en un internado marroquí, donde era la única estudiante saharai. A pesar de las frecuentes llamadas telefónicas o conversaciones con su madre biológica, no se atrevía a preguntarle por novedades sobre la desaparición de Amma. Prefería esperar a tener dos o tres días libres para visitarla.

Un día, mientras estaba en la escuela, Elghalia vio entrar un coche de policía en el recinto. Lo primero que pensó fue que venían a secuestrarla a ella también, y se desmayó. No se despertó hasta que el coche se había marchado y sus amigos marroquíes la habían atendido. Eran buenos amigos, pero nunca pudo contarles por lo que estaba pasando.

En el vecindario, la policía difundió rumores de que había descubierto armas y equipos de comunicación en el depósito de agua de Amma, alegando que se usaban para estar en contacto con el Polisario. Antes, la casa estaba llena de invitados, con coches aparcados enfrente. Ahora, nadie visitaba por temor a que se les relacionara con Amma. Tanto Elghalia como su madre biológica prácticamente cortaron el contacto con la gente de la ciudad.

La pausa de los estudios

Tras dos años de estudios, Elghalia se tomó un año sabático. Esta decisión fue impulsada por su deseo de ayudar a su madre biológica, que no estaba acostumbrada a gestionar las responsabilidades domésticas, comprar en el mercado

y cuidar de sus hermanos más pequeños. Además, el año sabático sirvió para acompañar a su madre mientras todos se distanciaban de su residencia.

En busca de solidaridad con gente en situaciones similares, Elghalia consiguió un trabajo en El Aaiún. Estaba encantada, no por el trabajo en sí sino por la oportunidad que le brindaba de relacionarse con más saharauis. Su objetivo era obtener información para localizar a las familias de los desaparecidos y mejorar los esfuerzos de coordinación. Cuando se mudó a El Aaiún decidió quedarse con su amiga, una activista que compartía las mismas ideas.

Cuando Elghalia inició el contacto con las familias, algunas le transmitieron que sería mejor perder sólo a un familiar que a todos. Muchos de ellos le aconsejaron que se olvidara de su madre y rezara por ella. Asimismo, le pidieron que no volviera a preguntar ni a sacar el tema. Elghalia se quedó atónita.

Esto ocurrió 11 años después de la ocupación marroquí del Sáhara Occidental. A lo largo de este periodo, Elghalia viajaba al extranjero cada año o dos para establecer contacto con la oficina del Polisario en las Islas Canarias a fin de coordinarse. Para no levantar sospechas, volaba a Francia o a Málaga, aunque fuera mucho más barato viajar directamente a Las Palmas desde el Sáhara Occidental.

En 1987, la oficina del Polisario transmitió información sobre un comité africano que planeaba visitar el Sáhara Occidental. En aquel momento, El Aaiún tenía problemas con la línea telefónica. Ante esta situación, Elghalia viajó a Agadir con el objetivo hacer una llamada. Durante la llamada recibió la noticia de que una chica le entregaría sus documentos desde las Islas Canarias.

Sentenciada a 3 años y 7 meses

La chica saharauí que trajo los documentos vivía en Mauritania. Los documentos y carteles estaban guardados en una caja de caramelos. La tarea de Elghalia era recibir los archivos y entregarlos al comité africano. Elghalia escondió los documentos en un barril en la casa donde vivía.

Una semana antes de la llegada del comité, un hombre saharauí pro-marroquí se presentó en el trabajo de Elghalia. Escribió los nombres de saharauis pro-marroquíes que se reunirían con el comité. Miró a Elghalia y le dijo que ella, que había nacido y crecido en Marruecos, sería añadida a la lista. Elghalia se alegró mucho y se dijo a sí misma que era una oportunidad perfecta para hacer llegar los documentos.

Tras mudarse a El Aaiún en 1986, Elghalia caminaba al trabajo todos los días. A pesar de su escasa interacción con la gente, se dio cuenta de que un coche la seguía a diario durante un año entero. El conductor era un hombre mayor y Elghalia no le dio mucha importancia, pues supuso que era simplemente uno de los individuos mayores que solía seguir a las mujeres.

Se esperaba que el comité llegara un viernes. El miércoles, antes de salir hacia el trabajo, Elghalia se puso pantalones anchos y una *melhfa*. A cada lado del atuendo había colocado una bandera con horquillas. La carta que había preparado para entregar al comité estaba sujeta a su pierna.

Elghalia solía empezar a trabajar a las 14:45 horas. Apenas llevaba 15 minutos en la oficina cuando recibió una citación para ir al despacho del jefe de personal en la planta superior. Dejó su bolso en el despacho y subió.

Cuando las autoridades marroquíes repasaron la lista de las personas que iban a reunirse con el comité africano, sospecharon de las actividades de Elghalia. Nunca había visitado el despacho del alcalde ni había participado en ninguna de las celebraciones pro-marroquíes. Además, su madre había sido detenida. Se identificaron como personal de seguridad y le pidieron un breve momento de su tiempo. Elghalia respondió "Por supuesto", pero pidió permiso para ir a su despacho a por su bolso.

Elghalia tenía intención de volver para retirar las banderas y las cartas, y ocultarlas en otro lugar. La respuesta fue negativa, y aseguraron que sólo la necesitarían poco tiempo.

Temor a sufrir el mismo destino que Amma

Delante del edificio de su trabajo había aparcado un Land Rover. Le ordenaron que entrara en la parte trasera. En cuanto entró, un hombre le tiró de la cabeza hacia abajo, la apretó entre sus piernas, le cubrió la cabeza con una bolsa negra y se la ató alrededor de la cabeza. En ese momento, supo que no duraría sólo uno o dos minutos, como decían. A partir de ese momento, estaba segura de que le esperaba el mismo destino que a su madre.

Después, trajeron a otra mujer al coche. La policía marroquí había detenido a cientos de saharauis antes de la llegada de la delegación africana.

Detención secreta

Los detenidos fueron trasladados inmediatamente a un centro de detención secreta. Este edificio se usaba en la época colonial española para encerrar a los cerdos antes de matarlos. Marruecos reutilizó este espacio para ahorcar a los saharauis.

La habitación en la que estaban confinados estaba sellada, carecía de puertas y desprendía un olor fétido. En compañía de Elghalia estaban cautivas un total de veinte mujeres. Los guardias les preguntaron si tenían joyas o algo afilado y procedieron a registrar a cada detenida individualmente. Al llegar a Elghalia, un agente oyó crujir los papeles bajo su ropa.

El guardia le ordenó que los sacara y, si no estaba dispuesta, lo harían por la fuerza y la desnudarían. Reticente, reveló dos banderas. El guardia corrió inmediatamente a la sala donde estaban torturando a la gente y, en unos instantes, un gran número de soldados entró en la sala.

Elghalia, al igual que otros presos políticos, conocía bien la diferencia entre un soldado y un oficial de alto rango por sus elegantes zapatos y su colonia cara. Todos los que entraron allí eran jefes.

La sacaron a rastras de la habitación y empezaron a interrogarla sobre las banderas y la carta. Elghalia dijo que la policía había secuestrado a su madre y que la estaba buscando. No quiso hablarles de la mujer saharauí que se lo había traído todo.

Directa a la tortura

La policía llevó a Elghalia directamente a una sala de tortura, donde le ataron las manos y luego los pies a una silla de madera y empezaron a golpearla. Su cuerpo estaba atado sobre una mesa de madera, con la cabeza suspendida en el aire. Uno de los policías estaba junto a su cabeza y el otro junto a sus pies.

Le vendaron los ojos con una bolsa y le echaron un líquido maloliente en la cabeza. Este líquido era agua mezclada con orina y productos químicos de limpieza. Siguieron vertiéndolo y asfixiándola mientras la abofeteaban en la cara y le golpeaban los pies hasta que dejó de sentirlos. El interrogatorio y la tortura duraron un día.

La falsa promesa de traer de vuelta a su madre

A sus 26 años, Elghalia recibió una oferta tentadora: si cooperaba y decía la verdad, liberarían a su madre. Lo único que querían de ella era una confesión completa, y el lugar para ello sería el despacho de la mano derecha del ministro del Interior. Con los ojos vendados, la escoltaron hasta allí en un coche.

En el despacho se encontraban varios hombres, entre ellos el máximo responsable de la Dirección General de Vigilancia del Territorio (DST en francés). La mano derecha del ministro era el único que estaba sentado. Le pidió que se sentara a su lado.

La ropa de Elghalia estaba empapada y había obtenido unas sandalias de plástico prestadas de otro preso político, ya que sus zapatos ya no servían para sus pies hinchados.

Miró su reloj y le dijo: "Ahora son las 10 pm".

"Daré órdenes a mis hombres para que dejen de torturarte hasta medianoche. Así tendrás la oportunidad de confesar".

Elghalia fue escoltada de nuevo a la sala de interrogatorios y le quitaron temporalmente la venda de los ojos, lo que le permitió observar el entorno. En el centro de la sala había una mesa enorme, alrededor de la cual estaban sentados varios hombres. Cada uno representaba una división diferente de las unidades de seguridad y cada hombre planteaba su propia serie de preguntas. Entre ellos estaba el anciano que la seguía a diario de ida y vuelta al trabajo. Al parecer, era el director de la policía judicial.

Aislamiento

Convencidos de que Elghalia sólo les contaba mentiras, optaron por llevarla de nuevo a la sala de tortura.

Allí, recibió amenazas de violación y muerte por parte de algunos, mientras que otros afirmaban tener una máquina para detectar mentiras. Sometieron a la joven de 26 años a torturas con descargas eléctricas y una mezcla de agua sucia y productos químicos.

En una ocasión, un soldado insultó a Elghalia y ella le abofeteó. La consecuencia de este acto fue el aislamiento.

Llevaron a Elghalia a una habitación pequeña y fría, donde ya no oía ningún ruido. No le dieron nada de comer. Cuando pedía ir al baño, el guardia entraba y le daba patadas con los pies, llamándola enemiga de la nación. Una vez, las patadas del guardia fueron tan fuertes que se cayó y un perro la mordió, dejándole una marca duradera en el cuerpo que llevaría el resto de su vida. Pasó esa noche sola en régimen de aislamiento.

Los guardias se solían meter con los presos políticos varones, golpeándoles con cinturones y ordenando que dijeran "viva el Rey" mientras decían que el Sáhara era marroquí. Durante esta coacción, un preso se resistió, afirmando que tenía un presidente, no un rey. Los guardias le clavaron un palo afilado en el hígado, y lo dejaron desangrarse hasta morir. Uno de los peores recuerdos de Elghalia es pisar su cuerpo sin vida mientras iba al baño. Tenía los ojos vendados y los guardias no le advirtieron del muerto que tenía delante.

Perder el pelo

Estuvo sin lavarse el pelo dos meses y veinte días. Cuando Elghalia pudo lavárselo, se le cayó. Ella se lo sujetaba e intentaba pegárselo al cráneo. A día de hoy, la parte frontal de la cabeza de Elghalia sigue sin pelo. A pesar de consultar a varios expertos europeos, nunca le volvió a crecer el pelo.

Fe, determinación y habilidades diplomáticas

Elghalia creía que su destino era morir en el centro de detención secreta. Por eso se prometió a sí misma que debía morir de pie y firme.

Su dominio del *darija*, el árabe marroquí, le ayudó a establecer contactos con algunos guardias. A través de estas relaciones, consiguió filtrar clandestinamente al mundo exterior una lista con los nombres de todos los presos políticos. Uno de los guardias incluso le compró una radio, y ella se emocionó al oír la lista de presos políticos en las noticias saharauis. A día de hoy, Elghalia sigue rezando por su antiguo guardia.

También hubo un resultado inesperado de su estancia en la cárcel. Marruecos detuvo a muchos saharauis, entre ellos a un preso político que más tarde se convertiría en su marido y en el padre de los hijos de Elghalia: Dafa.

La mujer que llevaba documentos y carteles a escondidas a los territorios ocupados también fue detenida. No soportaba las condiciones de la prisión y sucumbió al sufrimiento mental en el mismo centro donde estaba Elghalia. Cuatro compañeros de Elghalia murieron en prisión.

En busca de cierre y rendición de cuentas

A lo largo de los años, Marruecos difundió muchas mentiras sobre el paradero de los que desaparecieron forzosamente. Según Marruecos, algunos de ellos se trasladaron supuestamente al país vecino de Mauritania. Otros, que según Marruecos habían fallecido por razones médicas en la cárcel, fueron descubiertos más tarde en fosas comunes, con heridas de bala en el cráneo e identificados por forenses españoles.

Elghalia sostiene que el empleo de nuevas herramientas, como el ADN, proporcionaría una respuesta definitiva para confirmar la identidad de los restos humanos.

A pesar de haber pasado tres años y siete meses en detención secreta, Elghalia está contenta con su vida, salvo por un vacío que sólo se llenaría obteniendo una respuesta adecuada. Anhela despedirse de su madre y ofrecerle un entierro digno, si es que ha fallecido, como afirma Marruecos en una de sus respuestas.

Entrevista y texto de Asria Mohamed